

J. FERNANDO REY BALLESTEROS

**CRISTO EN SU
PASIÓN**



COBEL EDICIONES

Primera edición: febrero de 2014

ISBN: 978-84-15024-91-0

© Cobel, 2014

© José Fernando Rey Ballesteros

cobel@cobel.es

[www. cobelediciones.com](http://www.cobelediciones.com)

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	13

PRIMERA PARTE - LA DESPEDIDA

CAPÍTULO 1 - LA ÚLTIMA CENA	15
«Los amó hasta el extremo»	15
El lavatorio de pies.....	20
Judas	31
La institución de la Eucaristía	41
El pastor y las ovejas.....	54
La despedida.....	65
La Oración Sacerdotal	83
CAPÍTULO 2 - GETSEMANÍ.....	95
La oración.....	95
Los apóstoles, dormidos	111
El prendimiento	116

SEGUNDA PARTE - EL PROCESO

CAPÍTULO 3 - ANTE EL SANEDRÍN.....	129
En casa de Anás.....	129
Las negaciones de Pedro.....	136
Un simulacro de juicio.....	154
La noche de burlas	168
La condena	173
CAPÍTULO 4 - EN EL PRETORIO (1).....	179
El primer interrogatorio.....	179
Ante Herodes.....	192
Barrabás y Jesús.....	201
Claudia Prócula.....	205

CAPÍTULO 5 - FLAGELACIÓN Y CORONACIÓN	
DE ESPINAS	209
La flagelación	209
La coronación de espinas	221

CAPÍTULO 6 - EN EL PRETORIO (2)	231
Ecce Homo!	231
El segundo interrogatorio	246
La condena	262

TERCERA PARTE - LA CRUZ

CAPÍTULO 7 - EL CAMINO DE LA CRUZ	273
Jesús y la Cruz.....	273
Jesús cae	279
Simón de Cirene.....	288
Plañideras.....	295

CAPÍTULO 8 - LAS TRES HORAS QUE RASGARON	
LA HISTORIA.....	305
Amigos y enemigos.....	305
La crucifixión.....	320
La corte del Rey	341
«Ahí tienes a tu madre».....	353
Las tinieblas.....	359
La muerte de Cristo.....	369

CAPÍTULO 9 - EL ENTIERRO DE CRISTO.....	383
La lanzada.....	383
El entierro	391

EPÍLOGO - EL SÁBADO SANTO.....	403
--------------------------------	-----

PRÓLOGO

“Deberíamos considerar cómo estamos más necesitados de recibir amor que de entregarlo”. Así nos revela José Fernando Rey la clave de “Cristo en su pasión”. Una manera concisa y clara de presentarnos la relación entre Dios y el hombre pero que, después de más de veinte siglos, nos resulta novedosa y conmovedora. El motivo no es otro sino que, a pesar de nuestros esfuerzos y voluntarismos, seguimos siendo unos verdaderos neófitos en el amor. Se trata de abolir, de una vez por todas, el dualismo maniqueo que durante mucho tiempo ha dominado el pensamiento y actuar del hombre. La esquizofrenia intelectual que ha supuesto separar cuerpo y alma, deduciendo que el espiritualismo era la meta del que busca a Dios, ha llevado a demonizar la carne hasta el extremo de ser el enemigo de lo espiritual. Esta postura, nos recordará José Fernando, se contrapone peligrosamente al hecho evidente de la encarnación de Dios. El Verbo se hace carne, y es concebido por obra del Amor de Dios, en las entrañas de una mujer; bajo nuestra misma condición, anonadado y humillado, lejos de los ámbitos de poder de este mundo, llevándolo a cabo en clave de amor humano... tan humano que la divinidad toca y abraza la carne de nuestra misma naturaleza.

Por otro lado, olvidar que la Cruz es el “centro del Cosmos”, tal y como nos recuerda el autor, es caer en la tentación que, a pesar de años de cristianismo, también a nosotros nos puede resultar un escándalo la muerte de un Dios todopoderoso y omnipotente, de la misma manera que lo fue a los ojos de los contemporáneos del Señor. San Pablo, el gran enamorado de Cristo, hablaba de ello, diciendo que también para los paganos la cruz era una

necedad, sobre todo considerando que Jesús se proclamó Hijo de Dios, hizo milagros, resucitó a los muertos y predicó con autoridad. Sin embargo, el Apóstol de los gentiles animaba a “cubrir en nuestra carne lo que falta a la Pasión de Cristo”. Esto, que puede también escandalizarnos, no va en detrimento de los méritos de Jesús en la Cruz, sino que nos exige acoger en lo más íntimo de nuestro ser el mismo amor de Cristo, que es el amor de Dios. De esta manera, lo que falta a la pasión de Jesús es, desde esa conciencia de sentirnos queridos por Dios en el Hijo, corresponder, en la medida de lo que somos y tenemos, a ese mismo amor.

El lector irá descubriendo a través de las líneas de esta obra que no se trata de una “Pasión” al uso. José Fernando Rey la ha escrito “en oración”, siendo fruto de largas horas ante el Señor, porque “el espíritu necesita silencio para escuchar”, y esto sólo se logra en el recogimiento; cuestión esta que al hombre de nuestros días le resulta difícil y ardua. Vivimos en la dispersión, creyendo que en la distracción y el activismo encontraremos la respuesta a la búsqueda de la felicidad. Sin embargo, ni en los afectos de un instante, o en sentimientos fugaces que se nos escapan constantemente, ni en la demanda del bienestar como objetivo de una supuesta seguridad, el ser humano puede reposar. Las cosas del alma, sin separar la unión en la carne, sólo se pueden discernir en el hondón del corazón, que es propiamente donde se encuentra Dios. ¡Cuánta resignación, frustración y amargura nos ahorraríamos si supiéramos descansar en Él! Esa invitación nos la hace constantemente José Fernando Rey a lo largo de estas páginas, y sólo se logra en un diálogo íntimo y sosegado con Aquel que nos invita a retirarnos a un “lugar tranquilo” para disfrutar de su compañía, es decir, en la oración. Como decía alguien: “Rezar y esperar”, que es la aceptación de nuestro saber estar aquí, en este mundo —sin dejar, desde luego, nues-

tras obligaciones, derechos y deberes del día a día de nuestra vida—, pero libres de ataduras y esclavitudes provisionales, para permanecer en lo esencial: el amor de Dios.

“Si Jesús no hubiese amado tanto, habría sufrido menos”. Esta afirmación de nuestro autor, dará paso a uno de los ejes principales de esta “Pasión”: la “hora” de Jesús. José Fernando Rey nos presenta a Cristo enamorado de la Cruz. La angustia que el Hijo de Dios siente hasta no verse cumplido el bautismo de sangre que el Padre le ha encomendado, se transforma en la entrega más humana —enamorada— que la divinidad podía abrazar. Sólo la locura de Dios podría llevar a cabo semejante empeño. Únicamente de esta manera puede entenderse que otros “locos” —aquellos santos y mártires que siguieron con pasión las huellas de su Amado— bendijeran, amaran, santificaran y glorificaran el dolor. De esta forma, nos dice José Fernando, “un Dios que llora es un Dios que hace llorar (...) Y un Dios que muere es el único Dios capaz de hacer que el hombre desee el martirio”. Así, la búsqueda del dolor y el sufrimiento, en la clave paulina de la identificación con los mismos sentimientos de Cristo Jesús, se realiza, no como la podría llevar a cabo un pobrecito masoquista sin escrúpulos, sino como —en palabras de nuestro autor— “el tálamo nupcial donde se consuma la alianza más plena y sagrada de Dios con los hombres”.

Por último, resulta enternecedor y turbador a la vez, de la mano de José Fernando Rey, seguir a Jesús hasta ser clavado en la Cruz del Calvario. Sin embargo, lo desconcertante de este drama humano-divino, que podría apartarnos la mirada y el corazón de este término anunciado, se transforma en lo más compasivo, lleno de ternura y misericordia, como el encuentro, por ejemplo, de Jesús con el “buen ladrón”. De la misma manera que nuestro autor afirma que el otro crucificado se derrite ante la mirada de Cristo, podemos asegurar que ese sagrado corazón de

Jesús —¡tan amorosamente humano!— queda empapado por el sufrimiento del “buen ladrón” que le ha llevado a encontrarse con el mismo amor de Dios. Todo ello, sin olvidar las palabras definitivas del Siervo de Yahveh desde el ara de la Cruz: “¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!”. Nos recuerda José Fernando Rey, que “la medida de nuestra ignorancia es la medida del dolor de Cristo”, y que la inopia de nuestro pecado no es óbice para que recordemos, una y otra vez, que somos los verdaderos culpables de semejante latrocinio. Sin embargo, porque en tantas ocasiones no sabemos lo que hacemos, Cristo sube constantemente a la Cruz, también hoy, para repetir al Padre que nos perdone. ¿Puede haber en el mundo más ternura y entrañas de misericordia? Sólo Dios hecho carne es capaz de semejante amor.

¿El final?... Amigo lector, te animo a que a través de la lectura de “Cristo en su pasión”, tú también descubras que el amor y la felicidad, que quizás has estado buscando durante tanto tiempo y a veces en circunstancias tan dolorosas, se encuentran mucho más cerca de lo que imaginas. Ese Cristo que murió en la Cruz, se anticipa, desde entonces, a cualquier sufrimiento que puedas padecer. Y sepultando en su carne los padecimientos de cualquier ser humano de todos los tiempos, pasados, presentes y futuros, resucitó para que, llegada la hora, resucitemos con Él por toda la eternidad. “Al atardecer de la vida nos examinarán en el amor”, aseguraba san Juan de la Cruz. Sólo nos queda, en este preciso instante que lees estas líneas, “esperar contra toda falta de esperanza”, tal y como María, la madre de Jesús, lo hizo... Rezar y esperar.

Juan Pedro Ortuño

Sacerdote y escritor.

Delegado de Medios de comunicación de la Archidiócesis de Madrid.

INTRODUCCIÓN

Se ha dicho algunas veces que los evangelios no son sino relatos de la Pasión de Cristo con un prólogo más o menos largo. Cualquiera que haya entrado en la meditación sosegada y fervorosa de las horas que median entre la noche del Jueves Santo y la media tarde del Viernes entenderá que esas narraciones no constituyen un mero «desenlace» de los evangelios, a modo de capítulos finales. Más bien, esas horas terribles y dramáticas son el foco central donde confluyen y cobran sentido todos los episodios de la vida de Cristo, desde su nacimiento en Belén hasta su triunfal entrada en Jerusalén a lomos de un pollino. No sólo eso: la Escritura entera desvela sus luces más profundas a la luz de cuanto sucedió en el Gólgota. Podría decirse que la misma Biblia no es sino un prólogo a los relatos de la Pasión. Si acudimos a san Pablo, aún nos atreveremos a ir más allá: la Creación entera, hombres y animales, vientos y nubes, los astros, los planetas y sus satélites... Todo confluye en la Cruz de Cristo. Esa Cruz es el centro del Cosmos.

No se puede ser realmente cristiano sin sumergirse en esas sagradas horas, bañarse en ellas y dejar que penetren en los pliegues más secretos de la vida. Es preciso meditarlas despacio, llorar con ellas, adentrarse en cada latido del corazón de Cristo y en cada una de sus lágrimas hasta llegar a tocar el Amor de Dios. Porque ha sido allí, en el Calvario, donde todo el Amor de Dios se ha derramado sobre los hombres.

Las páginas que siguen han brotado de mi oración personal. Son mis soledades ante Cristo crucificado las que están plasmadas en este libro. Al ponerlas por escrito y ofrecerlas a quien quiera tomar parte en ellas, me situó en el papel

de quien se ha adentrado en una cueva y narra cuanto en ella ve. No puedo suplir la oración personal del lector. Simplemente, trato de animarlo, con mi narración, a que él también entre sin miedo y se sitúe ante ese Jesús paciente que ha ofrecido su vida por cada uno de nosotros. Por eso le pido a Dios que quien lea este libro no se conforme con conocer mi relato, sino que se sienta animado a adentrarse personalmente en esta noche y alcanzar su propia intimidad con Cristo junto a la Cruz.

El ritmo del libro adopta la propia cadencia de los sucesos que relata. En sus comienzos, que se sitúan en la Última Cena y en las palabras que Jesús pronunció como despedida de los suyos, dedico más espacio a la meditación del discurso del Señor. Conforme Jesús se adentra en la noche y camina entre padecimientos y angustias, su voz se irá apagando, y por eso el relato irá siendo menos discursivo y más narrativo, hasta llegar a asemejarse a una narración «novelada». He introducido algunos elementos y personajes no históricos; espero que el lector sabrá comprenderlo. Cuando uno trata de vivir en oración la Pasión de Cristo, la imaginación juega un papel esencial a la hora de atar cabos, y deja de ser la «loca de la casa» para convertirse en sierva de la contemplación. No pretendo afirmar que esos personajes hayan existido, ni que las cosas se hayan desarrollado exactamente así. Simplemente, ofrezco esos detalles de mi oración porque me han sido útiles a la hora de entender cuanto sucedió.

Es hora de comenzar el camino. Como última recomendación antes de partir, permítame el lector que le aconseje leer las páginas que siguen habiendo realizado un acto de presencia de Dios. Lo que está escrito en oración sólo puede entenderse correctamente si se lee también en oración.

PRIMERA PARTE - LA DESPEDIDA

CAPÍTULO 1 - LA ÚLTIMA CENA

«Los amó hasta el extremo»

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (Jn 13, 1).

Sólo el discípulo que apoyaba su cabeza en el pecho de Jesús (cf. v. 25) podía haberse atrevido a escribir palabras tan osadas. Son todo un ecocardiograma, la resonancia de los latidos que, en aquella noche terrible, producía el angustiado corazón del Salvador. Desde aquel día en que, hablando con su madre en Caná de Galilea, durante la celebración de una boda, se dirigió a ella diciendo: *aún no ha llegado mi hora (Jn 2, 4)*, a lo largo de tres años se había referido a esa *hora* de manera casi obsesiva: *llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre (4, 21)*, *llega la hora en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y verdad (v. 23)*, *llega la hora en que los muertos escucharán la voz del Hijo de Dios (5, 25)*, *llega la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz (v. 28)*, *llega la hora de que sea glo-*

*rificado el Hijo del hombre (12, 23)... Bástenos estas citas. Habría muchas más, tomadas de los sinópticos, en que las referencias son más veladas pero no menos escalofrantes. En algún momento, quizá al inicio de su vida pública, en el corazón de Jesús se puso en marcha un reloj que marcaba los pasos de una cuenta atrás hacia el cero, la hora. Y, en la Última Cena, esos pasos resonarán de forma trepidante, con más protagonismo que nunca: *Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él (Jn 13, 31), llega la hora (ha llegado ya) en que os marcharéis cada uno por vuestro lado, y a mí me dejaréis solo (16, 32). Y, finalmente: Padre, ha llegado la hora (17, 1). Ésta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas (Lc 22, 53).**

Jesús, perfecto hombre, vivió con «perfecta angustia» la llegada de su hora. Sudó, tiritó, lloró y hasta transpiró sangre en Getsemaní. Pero, en esa angustia, el amor, que suele ser bálsamo en las heridas del corazón humano, actuó también como cuchillo que rasgaba las entrañas. Si Jesús no hubiese amado tanto, habría sufrido mucho menos. Al fin y al cabo, los padecimientos físicos, por crueles que sean, no rasgan más que la corteza del hombre. Al Señor el taladro le llegó hasta lo más profundo del corazón.

En «Historia de dos ciudades», el escritor inglés Charles Dickens narra un acontecimiento que siempre me ha parecido conmovedoramente humano: cuando el verdadero protagonista de la novela, un hombre triste y solitario, es condenado a la pena capital, encuentra por vez primera el amor. Apenas le quedan horas de vida, y basta una mirada para unir su corazón al de una de las mujeres que van a ser ajusticiadas con él. Ambos se toman de la mano, y así unidos caminarán hacia la muerte. Este encuentro cambia de signo la tragedia de la guillotina, y la convierte en un romance, en el romance definitivo. *No es bueno que el hombre esté solo (Gn 2, 18)*. Cuando el hombre no está solo, cuando camina en amor, no hay dolor en este mundo que pueda sepultar su espíritu. La misma injusticia, e incluso

la más cruel de las muertes, puede hacerse llevadera cuando encuentra al hombre acompañado por el ser querido.

A diferencia del personaje de Dickens, Cristo se encaminó a la muerte en soledad. Aquéllos a quienes Él amaba tiernamente lo abandonaron en manos de sus enemigos. Sólo en las últimas horas, y para que entendiésemos que la ternura de Dios no abandona nunca al justo, junto a la Cruz quiso tener a su madre y al más querido de sus discípulos. Pero, entre la Última Cena y la presencia de María al pie de la Cruz, Jesús sufrió el más terrible de los abandonos. Fue parte de su descenso a los infiernos.

Los amó hasta el extremo... Sabía que eran los últimos momentos; que sus ojos, en apenas unas horas, dejarían de ver a aquéllos a quienes amaba hasta que llegase el día en que los volviese a ver en el Reino de su Padre. Y, por eso, el amor se le volvía urgencia. Se agolpaban las lágrimas en sus párpados, porque el afecto empujaba hacia fuera, necesitaba salir y derramarse. Era precisa, urgente, una demostración física y visible de cariño, o su corazón acabaría por reventar.

No debería extrañarnos. Cualquiera de nosotros ha pasado por experiencias semejantes. Al fin y al cabo, somos carne espiritual, o espíritu encarnado, que viene a ser lo mismo. Y no existe en nosotros ninguna vivencia espiritual, por elevada que sea, que no necesite aflorar y salir a la superficie a través de nuestro cuerpo. Nos alegramos, y sonreímos; nos entristecemos, y lloramos; amamos, y necesitamos besar, abrazar, decir «te quiero» o mostrarlo con un regalo. Y, si no lo hacemos, sentimos que el amor nos abrasa por dentro y amenaza con consumirnos o volvernos locos.

Jesús, hombre perfecto, precisamente por serlo no soportaba más. Su infinito Amor, embalsado en un corazón humano, amenazaba con romper la fibra de tan delicado músculo si no se derramaba en un gesto de despedida que permitiese el desahogo. A cualquiera le hubiese bastado un

abrazo, un beso o unas lágrimas ardientes. Pero el Amor que habitaba en el corazón de Cristo no cabía en esos gestos, tan habituales entre nosotros. Todos ellos le parecían pequeños, minúsculos, insuficientes para canalizar la ternura humana de todo un Dios.

Como sacerdote, me atrevo a decir que esta situación me es familiar. Cuando recibí las sagradas órdenes, jamás sospeché que Cristo se sirviese del corazón del presbítero como patena y sagrario en el que Él depositaría su amor por los hombres. Pero, poco a poco, fui encontrando dentro de mí afectos tan poderosos, tan elevados y ardientes, que de haber intentado mostrarlos en un beso hubiera abrasado las mejillas de quien lo recibiese y hubiese consumido mis propios labios. Nunca me he habituado a vivir con esos amores dentro del pecho, y con la dulce presión que generan. Por eso he meditado mucho sobre estas palabras de San Juan, buscando hallar la misma salida empleada por el Señor para esos afectos que Él mismo ha derramado en mi interior.

Como el agua que corre con fuerza se empeña en pasar a través de las piedras, y finalmente lo logra arrastrando a algunas de ellas, así aquel Amor, que había llegado *hasta el extremo*, logró hacer saltar en pedazos el mismo *extremo*, el velo de la carne, y se derramó sobre la Humanidad entera y la Historia en un caudaloso torrente que lo ha inundado todo. Pero ello sucedió al tercer intento. Contemplaremos seguidamente el primero de ellos.

EN ORACIÓN

1. Pasea Jesús su mirada en torno a la mesa, y la clava en los ojos de cada uno de los apóstoles. Mira a Simón, y conoce la debilidad de aquel hombre que, horas después, jurará no conocerlo; pero hasta esa debilidad le mueve a amarlo con más ternura, y Jesús

sonríe y ya ofrece al Padre su vida por él. Mira a Judas, y contempla el estercolero en que interiormente se ahoga; ve toda la tristeza, toda la amargura, todo el infierno que ya sufre aquel hombre... Y siente Jesús unos enormes deseos de echarse a llorar. ¡Cómo lo ama! Más le duelen las tinieblas del apóstol que su propia traición. Mira, uno a uno, a los otros diez, y son sus ojos los ojos tiernos de un pastor que acarician a cada una de sus ovejitas. Las ve atrapadas en el zarzal de sus propios pecados, y ya se alegra al saber que muriendo las librará de su prisión y abrirá para ellas las puertas del aprisco celestial. El gozo y el dolor se mezclan en su sagrado Corazón, que late con gran fuerza junto a los oídos del discípulo amado.

2. ¡Qué dolor te ha supuesto amarme, Jesús mío! Porque a tu amor respondí con mezquindad, con cálculo, con desprecios y traición. Tú me amaste *hasta el extremo*, y yo te he amado «hasta cierto punto». Cuando amarte me suponía sufrir, me daba la vuelta y renegaba de ti. ¡He sido tan cicatero contigo! Y, por eso, amarme como me amas te ha supuesto tantísimo dolor. Nunca he sabido estar a la altura, nunca te he respondido en el mismo lenguaje en que tú me hablabas... Tú generoso, y mezquino yo; Tú olvidado de ti mismo, y yo siempre buscando mi interés; Tú entregándote a la muerte por mí, y yo queriendo que me solucionases la vida... ¡Perdón, Señor, perdón!

3. *La prueba de que Dios nos ama es que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros (Rm 5, 8)*. Mis pecados y traiciones, mi mezquindad y mi egoísmo no han sido obstáculo para que tú me amases. Si los hombres me hubiesen conocido como me has conocido tú, hubiesen sido incapaces de mirarme sin desprecio. Y, sin embargo, viendo lo más sucio y ruin de mí, tú me has amado *hasta el extremo*, hasta morir de amor por este pecador. Hoy quiero, Jesús, sentir tus ojos sobre mis pecados, y ser bañado en las lágrimas con que me lloras. Quiero ser limpiado por esas lágrimas antes de ser bañado en tu sangre. Si ni tan siquiera mis pecados han logrado que me desprecies, hoy sé, oh Jesús, que, haga lo que haga, jamás dejarás de amarme. Quisiera llorar de amor...

El lavatorio de pies

Sabiendo que el Padre lo había puesto todo en sus manos, y que había salido de Dios y a Dios volvía (Jn 13, 3)...

Cuando al espíritu del hombre le cuesta mover la carne, hace falta un pensamiento, un motivo, un «porqué» capaz de hacer las veces de palanca. No es cierto que una palanca baste para mover el mundo, pero en ocasiones ayuda a empujar al cuerpo que tiritita. Del mismo modo que al animal se le pone delante la comida para que recorra los metros que le separan de ella, así Jesús sitúa ante su temblorosa humanidad la recompensa que obtendrá a cambio de terrible sacrificio que le pide.

«¡Ánimo, carne mía!» –parece decirse a sí mismo– «mira que la Redención del Género Humano depende de ti; no te acobardes ahora. Si cruzamos esa puerta estrecha, después volveremos al Padre, y saciaremos la infinita nostalgia que nos desangra el corazón. ¿Es que no quieres que volvamos a casa? Si ahora das el paso adelante que el Padre te pide, después gozarás de su gloria para siempre. ¡Ánimo!»

«Ésta por mamá... ésta por papá... ésta por tu hermanito...» Y el niño se acaba tomando la sopa, cucharada a cucharada, porque cada una de ellas tiene el nombre de un ser querido. Cuando se enseña a los hijos a unir un nombre propio a cada sacrificio, se los está dotando de un arma poderosísima para su vida. Al fin y al cabo, el amor es la palanca más capaz a la hora de negarse a uno mismo. Y si el primer sorbo del cáliz de la Pasión lo bebió Cristo «por Papá», cada uno de los siguientes tenía el nombre de un «hermanito». En ese cáliz todos nosotros firmamos.

Se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un lebrillo y se

puso a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido (vv. 4-5).

Un beso, un abrazo o una caricia no dejan de ser gestos ambiguos. Al fin y al cabo, en ese «cuerpo a cuerpo» tanto se da como se recibe, y, muchas veces, quien besa a otra persona en realidad se está besando a sí mismo. No siempre es fácil distinguir, incluso entre los protagonistas del gesto. Sin embargo, quien se arrodilla ante el ser amado y busca la labor más desagradable y servil, tocando con sus manos unos pies cubiertos de polvo para lavarlos, está comunicando, sin el más mínimo lugar para la duda, un amor rendido e incondicional, una entrega sin reservas. Allí no hay nada de sensualidad ni de satisfacción de la carne, hay sólo humildad y amor, una dádiva que ni siquiera espera respuesta porque ella misma lo dice todo. Éste fue el primer gesto con el que Jesús quiso manifestar su amor a los suyos.

Todos los años, en el día de Jueves Santo, los sacerdotes lavamos los pies de doce varones, según indica la sagrada Liturgia. Personalmente, no hay año en que no me cueste contener las lágrimas mientras lo hago. Procuro no mirar el rostro de la persona con quien estoy realizando ese gesto litúrgico; no quiero verlo, porque sé que son los pies de Cristo los que beso: *Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mt 25, 40)*. Y siento, de verdad, como un privilegio el poder responder al Señor con su mismo lenguaje. Se aprende mucho de amor cuando el corazón le lleva a un hombre a postrarse a los pies de otro. ¡Cuántas veces María, en esa misma posición, lavaría las plantas de su pequeño hijo Jesús!

Si el número de divorcios se ha multiplicado de manera alarmante en Occidente a lo largo de las últimas décadas, habrá que culpar, desde luego, a la permisiva legislación que ha dotado a nuestros países de todas las facilidades para que las parejas rompan su vida común. Pero pensar que las leyes son las principales culpables constituye un error sospecho-

samente tranquilizador. En las sociedades democráticas, los ciudadanos tenemos las leyes que merecemos, y, en casos como éste, poco podremos enmendar si antes no nos preguntamos qué hemos hecho para merecer un sistema legal que deja al matrimonio y a la familia a los pies de los caballos del capricho.

Nos guste o no afrontarlo, la realidad es que, en Occidente, se ha mercantilizado el amor. Seguimos teniendo, por supuesto, las mismas necesidades afectivas que siempre hemos tenido, pero las relaciones personales se establecen en términos de conveniencia mutua. Y muchas veces, cuando dos personas deciden unir sus vidas, todo se resume en un conjunto de cálculos, seguridades e intercambios que abarcan desde el sexo hasta la economía. Si, al cabo del tiempo, la realidad desmiente esos cálculos, siempre cabe la posibilidad del divorcio para «rehacer la vida» y comenzar de nuevo. «Esta relación ya no me aporta nada», «no recibo nada a cambio de lo que doy», «este matrimonio me hace sufrir»... El ideal del sacrificio o la inmolación como forma sublime del amor nos es tan ajeno como la misma Cruz.

Decimos muy alegremente que el amor consiste en dar. No es suficiente. El vínculo amoroso implica siempre a dos interlocutores, y no puede existir si no es en forma de diálogo. Sin embargo, afirmar que el amor conlleva «dar y recibir» es también un error; muchas veces, quien da no recibe nada a cambio, y quien ama no es correspondido. Creo que el amor es, a un tiempo, dar y pedir; mejor dicho, es «un dar que pide». Cuando se está a la altura, a la vez que uno se siente amado, percibe dulcemente la exigencia de una respuesta; quien nos ama nos invita a salir de nosotros mismos. Seguiremos siendo amados si no correspondemos, porque el verdadero amor es incondicional; pero sólo lo gozaremos plenamente cuando aceptemos la invitación y nos volquemos en quien primero se ha entregado a noso-

tros de manera gratuita. En el caso de Dios, esta aceptación es llamada «correspondencia a la gracia». *¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? (Sal 116).*

Pero, por encima de todo, lo que caracteriza al verdadero amor es la libertad, y, por ello, no puede haber amor que no sea humilde. Quien ama se sitúa siempre a los pies del ser amado, esto es, «por debajo». Se puede dar «desde arriba», como el bienhechor que arroja las migas que sobran de su mesa al pobrecito que tiene a sus pies, y, a la vez que lo alimenta, lo humilla recordándole que le debe la vida. Esa forma de dar no es sino una de las múltiples variedades que el afán de dominio y de poder reviste en la naturaleza humana; nada tiene que ver con el amor. También se puede pedir «desde arriba», como el amo exige a sus sirvientes la obediencia debida; pero nadie dirá que los está amando al someterlos. La grandeza del amor reside en que quien ama da y pide «desde abajo», como quien todo lo debe y nada merece. En Cristo, esta actitud es sobrecogedora. Nadie ha merecido jamás más que Él, y nadie ha debido menos a nadie que Él... Pero nos ha amado.

Quienes sigan pensando en el Dios-tirano de algunas caricaturas modernas deberían contemplar a ese Cristo postrado a los pies de quienes van a abandonarlo o a entregarlo. Es el mismo que lloró ante Jerusalén al sentir que aquella ciudad, la «niña de sus ojos», no querría recibir la salvación que Él le traía:

Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus polluelos bajo sus alas, y no has querido! (Mt 23, 37).

Reparemos en ese desolador y *no has querido*. Es el mismo que se repetirá en el evangelio de san Juan: *¡Y no queréis*

venir a mí para tener vida! (Jn 5, 40). Sólo quien lo da todo con humildad, «desde abajo», es capaz de llorar cuando su dádiva no es recibida. Quien da «desde arriba» resolverá la situación con un «¡Peor para ti!». Pero el corazón de nuestro Redentor se desmorona y llora cuando el hombre no recibe la salvación que Él le ofrece. Eso, precisamente, es el verdadero amor.

Por este motivo, la imagen de Cristo a los pies de sus apóstoles es la plasmación de los sentimientos que poblaban su pecho en aquella noche. Mostró en aquel gesto todo el mensaje de amor que venía a ofrecer a cada hombre. Nadie ha respetado la libertad humana hasta los extremos de humillación que Dios ha alcanzado en su intento por conquistar nuestro corazón. Meditar esto debería conmovernos hasta las lágrimas.

Le dice Pedro: «no me lavarás los pies jamás». Jesús le respondió: «si no te lavo, no tienes parte conmigo» (Jn 13, 8).

Si el amor requiere humildad en quien lo da, también la requiere en quien lo recibe. Y es que la primera respuesta ante quien se postra a nuestros pies debe ser la de dejarnos amar; y ello conlleva reconocer nuestra necesidad y nuestro desvalimiento. Si, además, quien está a nuestros pies intenta limpiarlos, dejarnos amar también supone reconocernos sucios y aceptar ese servicio con alegría... No siempre es fácil.

A Simón Pedro se le caía Dios de la peana, y tan desconcertado quedó que, cuando quiso darse cuenta, él mismo estaba impartiendo órdenes al Dios caído. Toda una crisis religiosa servida en treinta segundos. A Dios se le obedece, se le adora, se le glorifica y se le ofrecen sacrificios... ¿Qué pinta Dios de rodillas ante el polvo de los pies de un miserable? ¿Cómo rezar mirando hacia abajo, si es

al cielo a donde hay que levantar la vista para orar? ¿Qué significaba todo aquello?

Y, tras haber perpetrado el disparate, fruto del desconcierto, de dar órdenes a Dios, Simón despertó. La respuesta del Dios arrodillado no dejaba lugar a dudas: seguía siendo Dios. De hecho, sin dejar de lado la ternura que lo había llevado a postrarse, lo amenazaba como sólo Dios puede hacerlo, y le prometía apartarlo de su rostro para siempre: *no tienes parte conmigo...* Simón entendió. El Dios arrodillado le invitaba a caer también él de rodillas. El Dios amante le sugería dejarse amar y entrar en el juego.

Dicho y hecho:

No sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza (v. 9).

Por esta vez, Simón cumplió con el divino protocolo. Cuando Dios se arrodilla a los pies del hombre, debe el hombre postrarse ante las rodillas de Dios. Años atrás, María había visto a Dios postrado a sus pies, pidiéndole amor a través de un arcángel, y ella, acostumbrada ya en su alma a la finura del Amor divino, dulcemente se humilló y se declaró *la esclava del Señor (cf. Lc 1, 38)*. Mucho después, una mujer samaritana que acudía a buscar agua en un pozo se percató de que el Mesías estaba a sus pies, pidiendo la limosna de un caminante sediento, y no dudó un instante en caer por tierra y ser ella la indigente: *dame de esa agua (Jn 4, 15)*. Para ser justos, hay que decir que las mujeres fueron más finas que los hombres en lo tocante al Amor. Simón Pedro acabó entendiendo, pero fue con gran violencia interior; las mujeres respondieron a Jesucristo como si hubieran cortejado a un Dios toda su vida. La única excepción, quizás, fue Marta, la hermana de Lázaro; ella estaba más cerca de Simón que de su hermana.

Postrado a los pies de un Dios postrado... Es más de lo que hacen muchos. Algunos hombres, cuando se dan cuenta de que Dios mendiga de rodillas, optan por ignorarlo o, peor aún, por escupirle a la cara. ¡Es tan fácil pecar cuando Dios es manso! ¿Por qué no repetir, si siempre perdona? ¡Ya se confesarán! Otros muchos, al ver a Dios arrodillado, deciden tratarlo como mendigo y darle una limosna: el tiempo que sobra después de las ocupaciones diarias, el dinero que sobra después de atender las propias necesidades, las fuerzas que sobran cuando uno no está cansado en exceso... Lo peor de todo es que éstos, tras no haberse percatado de que quien de rodillas les implora es Señor de cielo y tierra, dormirán tranquilos pensando que han hecho un bien. Quizá hasta, secretamente, supongan que el Señor les dará las gracias por su ofrenda. ¡Pobres idiotas! Y, sobre todo, ¡Pobre Dios! Decidió abajarse hasta caer postrado a los pies del ser humano, y el hombre pensó que lo correcto era mirarlo «desde arriba», como queriendo ser el «dios de Dios».

En Simón Pedro caído, reconociéndose sucio y necesitado de purificación y de Amor, está presente toda la Iglesia cuando se arrodilla ante el Niño Jesús en Navidad, o cuando amorosamente besa los pies del Crucificado en el día de Viernes Santo. En él están los Magos de Oriente y María Magdalena, quien, *postrada a sus pies, escuchaba su palabra (Lc 10, 39)*. Y en él está, de manera muy especial, el pueblo cristiano que se arrodilla en adoración ante el Dios humillado en la Hostia. Hasta que no aprendamos a postrarnos ante un Creador que así respeta y venera nuestra libertad, y por amor se la entreguemos por entero, no habremos experimentado la dicha de ser de Cristo, esto es, de ser cristianos.

Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vo-

sotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros» (Jn 13, 12-15).

El Mandamiento Nuevo no está al alcance de todos. Sólo quien ha conocido la misericordia de Dios, ese amor con que el Señor se arrodilla ante el miserable, puede después ser misericordioso consigo mismo y con el prójimo... Por este orden; porque quien no sabe mirarse a sí mismo con misericordia no podrá jamás mirar a su hermano de la misma manera. Y quien no ha experimentado el Amor misericordioso de Jesús no sabrá mirarse a sí mismo con esa ternura. Como siempre, todo comienza en Él.

Si san Pablo pudo escribir *considerad como superiores a los demás* (Flp 2, 3), fue porque, primero, él fue sorprendido por un Cristo que, tras derribarlo con el fulgor de su luz, se arrodillaba ante él y le preguntaba como pregunta un amigo herido: *¿por qué me persigues?* (Hch 26, 14). En lugar de descargar su castigo sobre el perseguidor, el Señor le interrogaba con la misma mansedumbre con que había interrogado al guardia que lo abofeteó en casa de Anás: *¿por qué me pegas?* (Jn 18, 23). Aquel bruto soldado, que había cometido la insolencia de partirle los labios a su Dios, no reaccionó ante la mansedumbre de su Señor. Pero Saulo, ya en tierra, viendo al Hijo de Dios dulcemente humillado ante él, dejó que su espíritu acompañase al cuerpo en aquella postración, y se puso incondicionalmente al servicio de Jesús en adelante: *¿Qué tengo que hacer?* (Hch 22, 10). Basta leer sus cartas para entender que el conocimiento del Amor de Cristo había cambiado, radicalmente, el modo en que Pablo se miraría a sí mismo a partir de entonces: nunca ocultó su pecado ni su anterior condición de perseguidor de la Iglesia, pero, si era capaz de escribir sobre ello con frecuencia, el motivo hay

que buscarlo en cómo había aprendido a mirarse con misericordia.

Pues yo soy el último de los apóstoles, indigno del nombre de apóstol por haber perseguido a la Iglesia de Dios. Mas, por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí (1Co 15, 9-10). Quien provenía de la secta más estricta e intransigente en todo lo relativo a la moral, la de los fariseos, ahora es capaz de ceder mayor protagonismo a la gracia de Dios que a su pecado, y de mirarse a sí mismo con el cariño con el que se mira a una obra de Dios. Sólo quien ha podido decir *ni a mí mismo me juzgo (1Co 4, 3)* podrá después ser misericordioso con el pecador al que se refiere en sus dos cartas a los Corintios (cf. 2Co 2, 10).

Somos ingenuos cuando pensamos que la mera denuncia de un pecado o la amenaza del castigo que lleva aparejado van a tener poder para convertir al pecador en santo. Mostrarle a un hombre el abismo que se abre a sus pies de nada sirve si primero no se le ha mostrado el camino a casa. El primer anuncio que el pecador debe recibir es el de que Dios lo ama y lo perdona. Por ese motivo, con quienes viven lejos de la Iglesia el mejor apostolado es el del cariño, y la mejor invitación es la que les muestra el camino al sacramento del perdón. Hasta que el pecador no se haya situado ante un Dios que le lava los pies, no podrá perdonarse a sí mismo y empezar de nuevo. Por eso no tengo la menor duda de que Jesucristo, un día, nos pedirá cuentas a los sacerdotes sobre el tiempo que hemos pasado en el confesonario, y sobre cómo, desde allí, hemos hecho llegar a los hombres la misericordia de Dios. Del mismo Señor he aprendido a procurar ser muy claro cuando hablo del pecado desde el ambón, y muy suave cuando tengo de rodillas al pecador. A la Verdad le corresponde ser anunciada con claridad y sin respetos humanos, y al Amor le corresponde ser derramado con dulzura. Ambas cosas son igualmente necesarias.

Más ingenuos aún somos cuando intentamos amar al prójimo sin habernos sumergido primero en las aguas del Amor de Dios. ¿Cómo podrá amar quien no se sabe amado? Sin vida de oración y sin participación fervorosa en los sacramentos resulta imposible ejercer la caridad. No lo olvidemos nunca: primero es la piedad, después la caridad. Porque en la oración y en el trato íntimo con Cristo en que consisten sus sacramentos recibimos el Amor capaz de derretir nuestros corazones, el mismo Amor que hemos de repartir después a manos llenas. Si no dejamos que ese Amor nos convierta en los seres más felices de la tierra, nuestro trato con quienes nos rodean jamás será el de unos apóstoles del Señor. Suena extraño, lo sé: pero tenemos la santa obligación de ser felices, de sabernos amados y muy amados, porque el mundo está muy necesitado de personas felices que le muestren, con su vida, que Dios está amorosamente postrado a los pies de cada hombre.

EN ORACIÓN

1. Se ve postrado Jesús ante Simón, y cuando el apóstol retira sus pies y le prohíbe limpiarlos, un cuchillo se le clava en el corazón. «¡Simón!» –piensa–, «ni siquiera te pido que me ames, tan sólo quiero que me dejes amarte. ¡Deja que te limpie, o no tendrás parte conmigo!». Se le ha convertido la humillación a Jesús en necesidad, porque el inmenso amor que siente por los suyos busca, de manera natural, lo más débil y sucio de ellos para limpiarlo. No tardaremos en ver cómo ese mismo amor lo llevó a poner su rostro ante nuestros salivazos y su espalda bajo nuestros latigazos.

2. Tú a mis pies, Jesús, y queriendo yo ser dueño de mi vida. Cuántas veces he rehusado pensar en la muerte que te costó limpiarme, y he acudido al sacramento del perdón con la frialdad de quien lleva la ropa sucia al lavadero. Y tú a mis pies llorabas de amor, mientras yo apenas pensaba en ti... Salía de la confesión contento por haber quedado absuelto de mis culpas, pero apenas reparaba en que mi absolución era fruto de tus lágrimas y de tu sangre. Humillado tú, Jesús, ¡Y yo tan frío! Cuando, el Jueves Santo, lavo los pies de mis

feligreses, ellos tienen la delicadeza de perfumarlos para que la labor no sea tan desagradable. Yo, sin embargo, te presento unos pies empapados en muerte y en pecado... ¡Perdón, Señor!

3. Muchos me han dicho que me amaban, pero sólo tú te has postrado a mis pies. Siento vergüenza, oh Jesús, y estoy abrumado. Saber que Dios hecho hombre está postrado de amor ante mis plantas debe sumergirme en un profundo silencio y hacerme llorar de amor. Quiero yo también postrarme y caer por tierra ante ti. Pero, por encima de todo, quiero hacer mías las palabras de Simón: *No sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza*. ¡Necesito tanto tu amor!